

El padre **Laurentino Sáenz de Buruaga** sembró la semilla de la música en el alma de **Juan Carlos Asensio** cuando no era más que un niño. Pero no solo. También le facilitó el camino para ser hombre. Se reencuentran a menudo y recuerdan anécdotas y vivencias, muchas de las cuales han ayudado al monje benedictino a saber vivir con alegría.

Se admiran unidos por el amor a la música. Juan Carlos no olvida que Laurentino sembró la semilla de esta pasión cuando él tenía solo 7 años y era escolán en la Abadía del Valle de los Caídos y el benedictino dirigía la Escolanía. Hoy, aquel niño es profesor de Musicología en la especialidad de Canto Gregoriano en la Escuela Superior de Música de Cataluña y en el Real Conservatorio de Superior de Música de Madrid.

Laurentino, el hombre que quería salir del pueblo para estudiar e ingresó en el seminario de los benedictinos en el Santuario de Estíbaliz para luego proseguir su formación en Santo Domingo de Silos, no tuvo claro desde el principio ingresar en la Orden de San Benito en la que hoy vive en plenitud: “Yo quería ir, con otro amigo mío, al seminario de los marianistas, ya que tenía parientes en esta congregación, pero como éramos muy revoltosos, decidieron separarnos nuestros padres”. Ya en el Valle de los Caídos, se ocupó de la dirección de la Escolanía casi desde sus inicios y, de entre todos sus discípulos, recuerda que “había un grupo que destacaba por sus inquietudes y seriedad en el trabajo, y ya se adivinaba que algunos podrían llegar hasta donde quisieran, como así ha

sido”. No solo en Juan Carlos, sino en muchos otros de aquellos niños, el benedictino dejó una fuerte impronta, que él atribuye a una fórmula: “Me consideraba como *primus inter pares*. Aún ahora, cuando tenemos ocasión de reunirnos, me recuerdan las muletillas, insistiendo que hay que cantar sintiendo aquello que el texto nos dice, y otras anécdotas”. Juan Carlos amplía las palabras de su maestro: “En aquella abadía se percibía una unión muy grande entre todos los religiosos; había solemnidad y seriedad. De igual forma me impactó –aún me ocurre– la forma en que vivían el canto gregoriano... Y aunque juré no dedicarme nunca a ello, hoy sé que Laurentino puso la semilla de la música en mí”.

Sembrar virtudes

El religioso cree haber contribuido a educar a que aquellos muchachos: “No hay que olvidar otro aspecto: la figura del director espiritual, clave en las casas de formación, que va sembrando en sus corazones las virtudes cristianas”. Juan Carlos lo suscribe: “El hecho de vivir en el Valle de los Caídos fue un plus, porque llevábamos una vida dedicada al estudio,



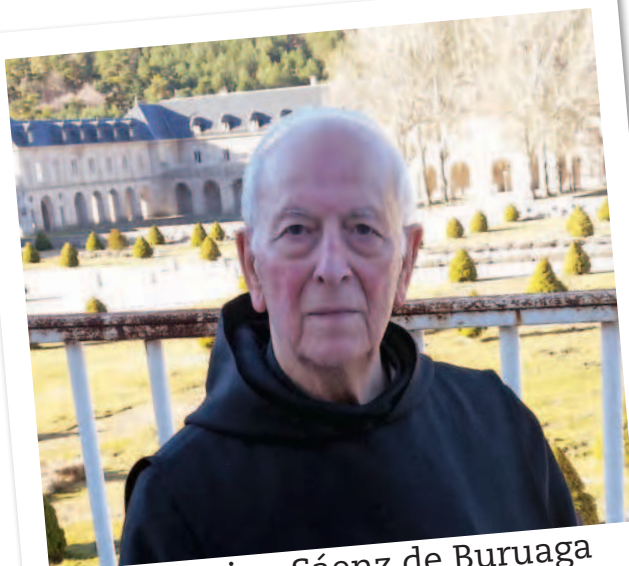
Juan Carlos Asensio

“En la abadía, con él, percibes algo intangible que solo sientes junto a los benedictinos”

a la música y a empaparnos de una espiritualidad muy especial”. El hoy musicólogo nunca ha perdido contacto con la abadía y, “siendo estudiante universitario –aclara quien fuera su maestro–, se comprometió a impartir la materia de ritmo y lenguaje musical en la Escolanía, consiguiendo que en un solo curso dominaran el solfeo y fueran capaces de leer una partitura a primera vista”.

El afecto y el afán de superación que se respira en su antiguo colegio son algunos de los motivos que empujan a Asensio a ir allí cuando puede para compartir experiencias con su mentor. “Con él, percibes algo intangible que solo sientes junto a los benedictinos”.

Asensio recuerda agradecido “que me facilitaran el camino como hombre y como músico”. El padre Laurentino, a su vez, abre el abanico para incluir a todos los escolanos y expresar “lo mucho que aprendí de todos ellos: a amar el trabajo y ser constante en él, a vivir con alegría y a convivir con los compañeros como auténticos amigos, pensando más en ellos que en uno mismo”. ●



Laurentino Sáenz de Buruaga